

MÚSICA

Reconocimiento a una filosofía de vida

Entre sus valores destaca haber sabido transmitir el folclore de Caloca mientras se ocupaba de las labores ganaderas y familiares. El Consejo de Ministros concede a Lines Vejo la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo

04.12.2010 - MAXI DE LA PEÑA SANTANDER.

«Eran las dos menos cuarto. Había ido a echar de comer a las gallinas y a recoger unos huevos. Sonaba el teléfono en casa, tardé en cogerlo, y pensaba que se trataba de algún familiar con problemas porque está haciendo muy malo». Esa llamada no la olvidará nunca en su vida Lines Vejo, conocida como 'la Panderetera de Caloca'. Era el delegado del Gobierno, Agustín Ibáñez, que le transmitía ayer el acuerdo del Consejo de Ministros de conceder a esta mujer de 79 años la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo «por haber sabido transmitir el folclore de su pueblo mientras se ocupaba de la economía familiar basada en las tareas ganaderas». Ibáñez, que formuló la propuesta, resaltó que Lines Vejo «es un ejemplo único en Cantabria de expresión viva de la cultura tradicional popular. Ella ha vivido siempre en el segundo pueblo de mayor altura de la región, Caloca, con una situación geográfica de enormes dificultades tanto orográficas como climatológicas, en plena Cordillera Cantábrica». Lines Vejo representa una filosofía de vida que ya está en extinción. Es su última guardiana. «Yo siempre lo he hecho por amor al arte. Que te lo reconozca la gente, claro que gusta», comentaba ayer por teléfono desde el mesón familiar, donde había comido «un poco de sopa y queso y membrillo». Pero ella misma asegura que posee un temple de acero «y claro que estoy contenta, pero no es cosa de que me suba por las paredes. No me creo que sea la única, ni mucho menos».

La vecina más famosa de Caloca, que estos días tiene un brazo escayolado por una mala caída, reconoce que nunca ha hecho las cosas por interés económico, y que las últimas distinciones que está recibiendo tienen una estrecha relación con la parábola de la siembra y la cosecha: «Al buen predicador le cae la semilla de cerca». Su trabajo para conservar la cultura tradicional de este pequeño pueblo de alta montaña tiene un valor incalculable: «El árbol sin raíz se seca», recuerda esta lebaniega, que por sus ganas de aprender y su insaciable curiosidad, se convierte a la vez en una mujer contemporánea, que conoce el tiempo en el que vive y que no está alejada de la realidad: «Ya sé que Miguel Ríos se despide de los escenarios y que actúa mañana (por hoy) en Santander. Ese hombre ha luchado mucho por el rock. Se merece todos los premios».

Su sabiduría del mundo rural no conoce parangón en Cantabria. A los 5 años de edad le regaló su primera pandereta su tía María. Con el paso del tiempo iría aprendiendo de oído, también con otra tía, Benjamina: «La música se baila igual, pero la forma de hacer la percusión con la mano es diferente».

Archivo viviente

El folclore no se detiene en la música, también se extiende a la transmisión oral de los romances, cuentos y refranes. Ella es un archivo viviente y parte de ese importante material quedó registrado en su libro-CD 'Los cantares de Lines Vejo' (2006), editado por Cantabria Tradicional y prologado por José María Fraile Gil, autor del mayor estudio sobre el Romancero Tradicional de Cantabria y que de la premiada llegó a destacar su aire distinguido, su inteligencia y su saber estar. «Me hizo mucha ilusión que quedara este legado musical para la posteridad, aunque reconozco que esta Medalla de Oro es un premio muy importante».

La tradición de hilar no la ha perdido y conserva los costureros que tenía de pequeña. Mantuvo durante muchos años los platos típicos de la gastronomía local. «Ahora los cocino de vez en cuando. En las fechas más señaladas



Lines Vejo toca la pandereta desde los 5 años. :: DM

siempre se ponían determinadas comidas. Así en Nochebuena se cenaba pollo casero a la lumbre, peras en compota, castañas cocidas y torrijas, que aquí las llamamos 'turrás'».

También ha dejado su granito de arena en la conservación de la arquitectura popular de Caloca: «Al principio la gente en el pueblo era reacia, pero me han terminado dando la razón». Cuando la Consejería de Cultura restauró la iglesia parroquial «pedí que se conservara lo poquísimo que quedaba de su data de construcción». El delegado del Gobierno, Agustín Ibáñez, destacó sobre esta cuestión «el criterio avanzado sobre sostenibilidad económica y cultural, ya que mientras los vecinos de Caloca reformaron sus viviendas, atendiendo a los gustos de los últimos tiempos, Lines Vejo, con un espíritu militante, ha mantenido su casa en todos los parámetros ancestrales de manera que aunque ello sea más trabajoso y dificultoso, la vivienda es un ejemplo de la arquitectura popular lebaniega».

Universidad sin título

Para la folclorista, la vida es una universidad sin título, «pero no hay una universidad mejor». Eso no obsta para que fuera una estudiante aplicada y que le gustara acudir a la escuela: «Lo tuve que dejar a los 15 años, porque tenía que ayudar en casa en las labores del campo y del ganado. Pero si por aquel entonces me hacen una prueba para el bachillerato, la apruebo sin tropezar». A los 4 años ya sabía leer. Cuando había aprendido a sumar, ya quería hacer las restas. Le gustaban los dictados, «porque era una forma muy útil de aprender ortografía y no cometer faltas. Quería estudiar, pero...».

Pero nunca se rindió. Mientras ordeñaba una vaca o una oveja estaba recitando un romance que acababa de aprender: «Siempre he sido inquieta, y me gusta aprender». Un ejemplo de autodidactismo. Formó su propia familia. Se casó a los 20 años con Benigno, ya fallecido: «Mi marido me dejaba mucho espacio de libertad. Me respetó siempre». Tuvo siete hijos (tres varones y cuatro mujeres). En el pueblo se quedó su hija Marta, que junto a su yerno Manolo, regentan el mesón El Laurel, donde Lines pasa allí horas en los días de invierno. Ha viajado al extranjero en dos ocasiones: «En 1994 actué en un festival en la Bretaña, en Francia y me lo pasé de miedo. Hace cuatro años fui a Londres para estar cuatro días con mi nieta que estudiaba allí».

Hasta mediados de la década de los 80, Caloca era un pueblo aislado por carretera y mediante carros de vacas y caballerías la familia de Lines y ella misma, se dirigían por Potes y por el Puerto de Sierra de Albas hacia la provincia de Palencia para vender sus productos y para adquirir lo necesario (harina, aceite, vino).

El Parlamento de Cantabria y la asociación Cantabria Nuestra ya han distinguido a Lines Vejo por su conocimiento profundo de las tradiciones de su pueblo. De lo contrario, habrían desaparecido hace mucho tiempo.